

EL PORVENIR DEL OBRERO

Núm. 61.

MAHÓN 4 Mayo de 1901.

DIRIGIR LA CORRESPONDENCIA: J. Mir y Mir EN MAHÓN (ISLAS BALEARES)

APARECE CUANDO PUEDE.

Provincia de

S. D.

Educación integral

III

Como dije en mi artículo anterior, al niño debe enseñársele *todo*, todo lo que él pueda ver, oír, tocar, comprender; todo lo que pueda *asimilarse*. Esto solo es posible al principio mediante las «lecciones de cosas». Debería decirse mejor «lecciones á propósito de las cosas» ya que ésto significa el término empleado. Se pone al niño en presencia de los objetos (las *cosas*) y se le invita á que los estudie. Y no se crea que se refieran solo á lo material: deben extenderse á todo lo que sirve para la vida (inteligencia, sentimiento, voluntad), y á todos los seres y fenómenos de la naturaleza.

Al principio recaen, naturalmente, sobre objetos familiares al alumno, y le hacen completar la idea que de ellos tiene, añadiendo las cualidades que el niño no habrá observado en un principio. Luego, y paulatinamente, se pasa á objetos que los alumnos no puedan aprender á conocer más que por descripciones ó figuras, y terminan por el estudio de las acciones más ocultas de las fuerzas naturales. Son la enseñanza por las *realidades*, y cada realidad hace brotar un conocimiento útil y un buen sentimiento.

Como la enseñanza intuitiva se dirige al espíritu y al corazón por el intermedio de los sentidos y de la imaginación (lo que explicaré con detalles más adelante), y las lecciones de cosas son el primer paso, el más fácil, hay que atender á los resultados que de estas puedan obtenerse. Mediante la enseñanza intuitiva, las lecciones de cosas, se consiguen cuatro importantísimos resultados:

- 1.º Se ejercitan los sentidos, se desenvuelven, se educan;
- 2.º Se ejercitan, dirigen y disciplinan las facultades intelectuales, estimulando y favoreciendo el espíritu de observación, de invención y de reflexión.
- 3.º Se suministran conocimientos prácticos de aplicación á la vida; y suelen descubrirse las inclinaciones y aptitudes del niño.
- 4.º Se cultivan el *sentimiento* y la *voluntad*.

Debe huirse de un escollo en la aplicación de este procedimiento de enseñanza:

los ejercicios áridos y monótonos, y todos los que versan sobre cosas que el niño conoce bien, no le interesan y le predisponen á la distracción y al fastidio.

Las principales reglas para la acertada aplicación de las lecciones de cosas son;

1.ª Acostumbrar al niño á que observe bien (ejercicios de observación), que vaya descubriendo las cualidades del objeto, todas las que estén á su alcance, sus usos y aplicaciones, su materia y procedencia; etc. Hay que colocar el objeto ó su representación (láminas, grabados, etc.), al alcance del alumno para que pueda verlo y examinarlo bien, empleando todos los sentidos que contribuyan á darnos su conocimiento.

2.ª Invitarle luego á descomponer y analizar (ejercicios de análisis) el objeto, observando sus propiedades y usos; á compararlo con otros y buscar analogías y diferencias; y, en fin, á expresar sus observaciones y lo que haya notado y aprendido mediante palabras apropiadas que correspondan á la idea que se haya formado el propio alumno (ejercicios de lenguaje).

El niño sometido á este régimen, adquirirá sobre cada objeto que estudie ideas claras (mediante la observación atenta y reflexiva) y se apropiará las palabras, signos de estas ideas. Se le hará pensar por sí mismo, combinando las diversas ideas adquiridas, y habituándole á aplicarlas con oportunidad. Se le pondrá en condiciones de expresar, mediante las palabras que posee, los pensamientos que resulten de dichas combinaciones y aplicaciones, y así se enriquecerá gradual y progresivamente su vocabulario (pues todos estos medios tienden á enseñar al niño á observar, á pensar, á querer, á hablar).

Duando no sea posible poner al niño en presencia del objeto (sobre todo en los primeros años de su educación), hay que emplear medios gráficos para representárselo (dibujo en el encerado, grabado, proyecciones luminosas, etc.), y no contentarse con la simple descripción, pues por bien hecha que esté, difícilmente se formará idea clara el niño de lo que quiera enseñársele.

Aunque mediante las «lecciones de cosas» puede enseñarse al niño, en los primeros años, todo cuanto haya de estudiar, pues son el procedimiento más general de Enseñanza intuitiva, tienen además dos vastos dominios en que son siempre indispensables: 1.º Las Ciencias Físico-natura-

les y Geografía y todas sus aplicaciones á la vida diaria; y 2.ª las Artes útiles y sus aplicaciones.

Las lecciones de Cosas deben servir para provocar y sostener una *conversación familiar* y amena entre el educador y los educandos; jamás para un discurso del primero. Esta manera de enseñar (los discursos ó explicaciones seguidas) deben desterrarse en absoluto de la Escuela Integral y de todo hogar en que los padres quieran que sus hijos sean hombres serios y razonadores, y no meros repetidores.

Para la mejor inteligencia de todos pondré dos ejemplos de lecciones de cosas; pero entiéndase bien que en Pedagogía, en asuntos de educación y enseñanza, no sirven las recetas, pues siempre debe aprovechar el educador, oportuna y hábilmente, las ocasiones que se le presenten, las ocurrencias de los niños y sus preguntas, por lo cual no es posible señalar con precisión y exactitud el camino que debe seguirse: todo lo más pueden ponerse algunos jalones para no perder por completo este camino, señalarse las líneas generales del procedimiento que debe emplearse y del *cómo*. El socorrido y gastado *Magister dixit* no tendrá entrada en todo buen sistema educativo: debe hacerse razonar al niño y enseñarle á someterse á la realidad; dicho y entendido que sea todo esto y solo como ejemplo para aclarar lo antes expuesto, no para que se copie al pie de la letra. ahí va un modelo de «lección de cosas» para niños de 3 á 5 años.

El hueso.

Supongamos que el Educador ha preparado un *hueso* y *casualmente* hace que le caiga ante los niños. Al invitar á alguno para que se lo entregue le dirá ¿Cómo se llama este objeto? Algún niño sabrá el nombre: si nadie lo sabe en *castellano* lo dirá el Maestro, y seguirá ¿cómo es?—blanco—¿conoceis otros objetos blancos?—Los niños seguramente nombrarán algunos.—Raya el hueso con la uña, Miguel.—Notad como no podeis rayarlo: es *duro*.—Otras cosas duras.—Fijaos bien ¿cómo más es el hueso?—El hueso es pequeño—Mirad esta bola: ¿es igual al hueso?—No: tiene *esquinas* el hueso, y la bola es redonda.—Se llama *anguloso*. Reparad que el hueso y este pedazo de yeso no son iguales: el yeso se convierte en polvo entre mis dedos: el hueso es más duro. Atended ahora ¿qué he hecho? (se procurará que los niños *vean, comprendan*, que al separar con

un cuchillo un trozo del hueso se hacen pequeñas *astillas* y sin decirles la palabra aprenderán que el hueso es *fibroso* y el yeso *granuloso*). Ha separado—diran los niños—un trocito que parece una astilla. Bien; el yeso se convierte en granitos, el hueso en fibras; ya tenemos una diferencia.

En otra lección, otro día, los niños compararán el hueso con la hulla y les hará el Maestro buscar analogías y diferencias; que *vean* y *digan* que el hueso es blanco y la hulla negra; el uno del reino animal, la otra del mineral.—Las dos cosas son sólidas, visibles, pequeñas, etc. Los niños deben *verlo, encontrarlo, buscar*, lo que el educador se proponga; por esto debe éste tener habilidad para presentar las cosas desde el aspecto más sencillo.

Véase otro ejemplo para niños de 8 ó 9 años: Supongamos que se trata de la palabra *soluble*.

Pondrá el educador ante los niños azucar en un vaso, sal en otro, piedra en otro; invitará a los niños a que observen lo que pasa.—Dirán que la sal y el azúcar se han *disuelto* (ya conocen el término) y que la piedra se halla en el fondo del vaso, (Que busquen sustancias solubles é insolubles).—¿Conoceríais donde está el azúcar? ¿Cuál es la causa de que ésta agua sea salada y la otra dulce? ¿Qué efecto produce el azúcar al disolverse en el agua? Los líquidos en que se ha disuelto alguna sustancia tienen un nombre, se llaman *soluciones*, ¿se ha formado una solución de piedra? No; la piedra no se ha disuelto.—Pondrá luego el Maestro más sal en el vaso y más azúcar, é invitará a los niños a que noten lo que pasa; verán que la sal llega á quedar en el fondo (el agua se halla *saturada*) y el azúcar sigue disolviéndose.

Luego pondrá azúcar en una cuchara y mojóndola hará ver á los niños que se está disolviendo y que la solución cae al fondo del vaso.—¿Por qué?—Porque es más pesada.—también les hará notar que moviendo el agua con una cuchara se disuelve más aprisa el azúcar. ¿Por qué? Si el agua está quieta solo se halla en contacto del azúcar la del fondo; si se mueve se pone en contacto toda.—Que vean también que en caliente se disuelve más que en frío.

Póngase luego lacre en un vaso de agua y en otro de alcohol, ¿que pasa? En el alcohol se disuelve, en el agua no.—Póngase goma en los dos vasos; que vean que se disuelve en agua pero no en alcohol.

Hay sustancias solubles en el agua y no en otros líquidos, y las hay que solo se disuelven en otros líquidos, siendo insolubles en el agua.

Algunas consideraciones sobre la formación y procedencia del azúcar y de la sal; sobre su *causa* y *efecto*, sobre uso de términos nuevos; sobre el uso de palabras en sentido *metafórico*, v. g. disolver el azúcar—mezclarse con el agua.—disolver una sociedad: se han desunido los miembros que la formaban, etc.

bro que la formaban, etc.

Luego algunas consideraciones *morales* que los mismos niños provocarán seguramente, y que es imposible señalar en teoría, pondrán fin al ejercicio.

X.

La cuestión obrera

Desde hace poco ha tomado singular desarrollo en España la cuestión obrera. Es un gran síntoma y un gran bien.

Tocqueville explica admirablemente que los pueblos se sublevarán, no cuando se ven más hollados y miserables, sino cuando el yugo es más ligero. A medida que la prosperidad se desarrolla, los espíritus se muestran más inquietos y crece el odio contra las viejas instituciones. Los obreros más exigentes son los que ganan más, porque un aumento del bienestar trae aparejada una suma de dignidad humana, un desarrollo de la inteligencia del obrero y, por consecuencia, una noción más enérgica de la justicia. Los buenos burgueses de Gijón se asombraban de que, ganando un duro sus obreros, pidiesen más, cuando justamente por eso pedían más, porque ganaban un duro. Donde los obreros ganan seis reales, no se conocen las huelgas. El salario vil envilece á los hombres aproximándolos á los antiguos esclavos, sin vislumbres de dignidad, ni de sentimiento de justicia, ni anhelos de libertad. Mas ¡desgraciado país donde los obreros poseen la virtud negativa de la resignación!

Decía al principio, que el potente movimiento obrero es un gran síntoma y un gran bien. Es un gran bien, sí, lejos de ser una calamidad como creen los amantes de la paz, de la paz de los sepulcros. Las instituciones democráticas exigen la mayor igualdad posible de condiciones. El sufragio universal no podrá funcionar con toda su eficacia hasta que se obtenga el bienestar universal. La igualdad política demanda, como condición indispensable, la democratización económica; y como á esto tienden las reivindicaciones obreras con sus exigencias de mejoramiento ilimitado, son un gran bien. Porque toda conquista en el terreno del derecho y de la justicia, contribuye á ensanchar la base de afianzamiento de una sociedad bien constituida, dándole una solidez de que carece la sociedad basada sobre la extrema desigualdad y la injusticia. Y por esto, los que se llaman «hombres de orden» son justamente los peores enemigos del orden, porque se obstinan en mantener un régimen que carece de condiciones de estabilidad, en tanto que llaman enemigos del orden á los que desean asentar la sociedad sobre los cimientos inmovibles de la justicia.

Es un gran síntoma el de las peticiones obreras, porque implica un progreso industrial. Se va haciendo evidente que la reducción de la jornada beneficia al patrono ó al menos que no le perjudica, porque el esfuerzo muscular tiene un límite y es en vano que se le exija más de lo que puede dar, resultando que el obrero hace el mismo trabajo en ocho horas que en diez, porque lo que pierde la jornada en extensión, lo gana en intensidad. Los patronos inteligentes están ya convencidos de esto, y de ahí que la jornada de ocho horas, que hace diez años parecía irrealizable y ruinosa, comience á ser aceptada en casi todas las naciones. El eminente profesor de Oviedo, Don Adolfo Posada, ha publicado recientemente un artículo muy documentado acerca del asunto.

La demanda de mayor salario es aún más fecunda en bienes, porque no beneficia sólo á la cla-

se que aparece directamente favorecida, sino á toda la sociedad. Véase cómo. El industrial que procura pagar lo menos posible á sus obreros para obtener el máximo de beneficios, obra bajo la presión de su instinto económico, instinto vigoroso que se sobrepone á toda consideración de orden moral y á todo sentimiento de equidad. Dominan al mundo económico resistencias instintivas individuales, verdades inmediatas, que dejan de ser verdades cuando se examinan en toda su extensión como fenómenos económicos, y bajo el amplio punto de vista de los intereses sociales. Así, el alza de los salarios, á la que el industrial se resiste, considerándola como una ruína, es en realidad una causa potente de prosperidad y de progreso industrial. La baratura del salario implica el estacionamiento de la industria, y una prueba de esto es el tradicional atraso de los agricultores andaluces, quienes no rechazan el uso de las máquinas agrícolas por espíritu de rutina, como se cree comúnmente, sino porque es un mal negocio. Jamás en el orden industrial se ha dado un paso que no esté inspirado en el interés del negocio; jamás se ha hecho una transformación que no traiga aparejada una economía, y las máquinas agrícolas no pueden ser una economía mientras el obrero de los campos andaluces trabaja por un salario tan vil, que no tiene semejanza sino en los Estados asiáticos, donde el hombre se cotiza casi de balde, donde la dignidad humana recibe perenne ultraje, y donde todo progreso secumbe bajo el peso del despotismo secular en que vive la raza docilísima y ultraresignada.

Y la abolición de la esclavitud que tanta retórica cursi ha producido, no es más que un hecho económico, porque llegó un momento en las transformaciones de la producción en que era un mal negocio tener esclavos. Un hacendado ó un industrial de nuestros días se negaría á tener esclavos, y no por razones de humanidad, sino porque los trabajadores libres son más baratos.

No hace mucho que los trabajadores de una gran explotación agrícola de América, en un momento de trágica desesperación ó acaso de amarga ironía, se ofrecieron como esclavos al director, quien no aceptó la proposición porque no le tenía cuenta.

En efecto, á un esclavo, como á un caballo ó cualquiera otro animal doméstico hay que mantenerle toda la vida, cuidarle si enferma, y para que no enferme es preciso no exigirle un trabajo excesivamente duro, mientras que el obrero libre se le utiliza en los años de vigor, se le paga cuando se le ocupa y luego allá él.

El esclavo se hace viejo é inservible y sigue viviendo, en tanto que el trabajador libre es siempre joven, porque se renueva constantemente despidiendo á la carne cansada.

En los países donde las masas obreras se han penetrado bien de su triste condición, se han asociado para su defensa y el resultado ha sido la inmediata mejora del salario. Ante esto, el industrial procura economizar hombres y sustituirlos con máquinas, y de aquí provienen los perfeccionamientos técnicos y la adopción de medios mecánicos que marcan el progreso de la industria.

No hay en esto ningún estímulo ideal; cada etapa del progreso es una reacción contra los avances del salario, una resultante de ingenio industrial provocado por la carestía del trabajo.

Regla general: país de salarios bajos, país rutinario y cerrado á todo progreso. Si se quiere conocer el estado de desenvolvimiento industrial de un pueblo, váase el tipo de sus salarios; Inglaterra de 8 ó 10 chelines; Francia de 7 á 15 francos; España, de 2 á 3 pesetas; China, de 0'50 á 1'25. Y si la industria urbana progresa infinitamente más que la agrícola, sólo consiste en que el obrero de los campos es menos inteligente, más resignado, más «asiático», y no suscita el inge-

nio de los industriales agrarios como el obrero de la ciudad con sus vigorosas reivindicaciones y sus anhelos de mejorar. Cuando el trabajo humano se obtiene casi de balde no se piensa en sustituirlo con el trabajo mecánico; no tiene cuenta esta sustitución; sólo cuando aquél se encarece surgen las máquinas.

Es inútil insistir en la demostración de esta verdad; creo que todo el que reflexione un poco en ello comprenderá su evidencia.

La elevación de los salarios es la causa principal del progreso de la industria.

En otro artículo expondremos cómo además de ser causa de progreso es causa de prosperidad general, y cómo las crisis industriales y comerciales provienen de la pequeñez de los salarios.

Timoteo Orbe.

(De la nueva Revista *Electra*.)

Al obrero

¿Qué trabajas, imbécil campesino,
Miserable labrador?
¿Porqué en los surcos de tu campo viertes
Raudales de sudor?
¿Qué trabajas, herrero ennegrecido,
Con incesante afán?
¡Cadenas que tus hijos, maldiciendo,
Después arrastrarán!
¿Porqué luchas, soldado generoso,
Con épico valor,
Si es mentida la gloria de una patria
Esclava del señor?
¿Porqué bajas, minero, á los abismos
Tesoros á buscar,
Si los tesoros que al planeta arrancas
No puedes disfrutar?
¿Porqué navegas, cándido marino,
Del polo al ecuador
Si eres vil instrumento, como el barco,
De infame explotador?
¿Porqué tejes, artifice las ropas
que no te has de poner,
Y abrigos caprichosos, mientras gime
Desnuda tu mujer?
¿Porqué bordas, artista laborioso,
Con rudo trabajar,
Matizando alfombras palaciegas
Que nunca has de pisar?
Navegante, minero y artesano,
Soldado y labrador
¡Cómo cobardes manteneis al mundo
Sumido en el dolor!
Dejad los torpes instrumentos viles
Y la pesada cruz,
Trocando la herramienta por la antorcha
Que engendrará la luz.
No hay sociedad, ni patria, ni deberes,
Ni gloria, ni virtud
Para el que vive y muere sin descanso
Ni nombre ni ataud.

Blas Robles Medina.

Granada 25 Marzo 1901.

La excomunión de Tolstoi

Tolstoi ha sido excomulgado por la autoridad de la Iglesia de su país.

El conjunto de las ideas que han atraído sobre este hombre eminente los rayos de su Iglesia se encuentra en un folleto titulado *La Racine du Mal*, recientemente publicado en París, del que traduzco los siguientes párrafos que hallo en *L'Express*, de Lieja:

«Los propietarios han usurpado la tierra, los capitalistas detentan los medios de producir y los gobiernos perciben violentamente el impuesto; pero si se pregunta, ¿por qué la tierra pertenece á los ricos y los trabajadores no pueden gozar de ella? ¿por qué los obreros pagan el impuesto sin sacar de ello el beneficio debido? ¿por qué los capitalistas y no los trabajadores detentan los instrumentos de trabajo? La cosa es clara: porque el ejército conserva la tierra para los ricos, protege la exacción del impuesto á favor de los ricos y conserva además á los ricos la propiedad de sus fábricas y de su costosa maquinaria. Cuando se examina cómo los soldados, es decir, los mismos obreros despojados de su libertad pueden atacar á sus padres y á sus hermanos, se ve la causa en la enseñanza dada por procedimientos á propósito á esos soldados, sean quintos ó voluntarios; enseñanza que les arranca la nobleza de sentimientos y los transforma en instrumentos inconscientes de muerte sometidos á sus jefes. Si se pregunta por qué los hombres, aunque se aperciban del engaño, continúan sirviendo como soldados ó pagando contribuciones destinadas al sostenimiento de los ejércitos, se ve que la causa fundamental de todo ese mal consiste en que la enseñanza dada, no sólo á los reclutas, sino á la juventud en general, considera el servicio militar como cosa buena y laudable y el asesinato en la guerra como acto absolutamente inocente.

»De esa enseñanza provienen, pues, la miseria, la corrupción, el odio, los suplicios y los asesinatos.

»¿Qué enseñanza es esa?

»Esa enseñanza es la llamada cristiana, y consiste en esto: Hay un Dios que hará como unos seis mil años creó el mundo y el primer hombre. Este pecó, y por ese motivo, Dios ha castigado á todos los hombres; Dios tiene un hijo que con él forma el mismo Dios, y le envió á la tierra para que los hombres le crucificasen, y por ese suplicio han sido librados todos los hombres del castigo con que debían expiar el pecado de Adán. Si los hombres creen eso, el pecado de Adán les será perdonado; pero si no lo creen sufrirán cruel castigo.

»La prueba de que eso es verdad es que Dios lo ha revelado según certifican los mismos que lo enseñan.

»Prescindiendo de las modificaciones que las múltiples sectas cristianas han introducido en esta doctrina fundamental, puede decirse que todas proclaman una regla idéntica, á saber: que los hombres deben creer lo que se les enseña y someterse al poder establecido.

»Esa doctrina es la base de la mentira que hace que los hombres, considerando el servicio militar como cosa buena y útil, se hagan soldados, se transformen en máquinas y opriman á sus hermanos. Si los hay entre ellos que no crean, tampoco tienen una creencia opuesta, y de esta manera, careciendo de punto racional de apoyo, se abandonan á la corriente general como si creyeran, aunque tengan conciencia de la mentira.

»Las antiguas religiones, la ley de Moisés, como la de Manú, dan reglas, prescriben ó prohíben ciertos actos; lo mismo sucede en el budismo y el islamismo, pero la religión de la Iglesia no establece nada concreto fuera de la confesión oral, del reconocimiento de los dogmas, de la práctica de los ayunos y de las devociones (y aun ha dado medios á los ricos para exceptuarse de esas prescripciones). Según esa religión, se puede tener esclavos (en Europa y en América la Iglesia se pronunció en favor de la esclavitud); es lícito apropiarse una fortuna adquirida por el trabajo de hermanos oprimidos; es permitido acumular riquezas sin tasa y arrojar al pobre las migajas de su festín, y aun se alaba la opulencia cuando el opulento destina á una Iglesia ó á un hospital un millar de rublos. Para defender la propiedad de los ricos contra los indigentes se puede encerrar á éstos en lóbregos calabozos, cargarlos de cadenas y ajusticiarlos; todo con la bendición de la Iglesia. Con permiso de la

Iglesia se puede decorar, con el nombre de matrimonio, un acto de libertinaje, después de haber pasado una juventud disoluta. Es lícito matar, no sólo para defenderse, sino también para defender sus patatas, y se puede, y aun se debe, mereciendo por ello las mayores alabanzas, matar en la guerra bajo las órdenes de sus jefes; la Iglesia, no sólo lo permite, sino que lo manda.

»De modo que esa falsa doctrina es la causa de todo el mal.

»Que esa doctrina sea abolida, y ya no habrá ejército; sin ejército, por si mismas desaparecerán esas violencias, esa opresión, esas perversiones á que están expuestos los pueblos. En tanto que los hombres sean educados según esa doctrina pseudo cristiana que permite todo, el asesinato inclusive, el ejército estará en manos de una minoría, y esta minoría dispondrá siempre del ejército para arrancar al pueblo el producto de su trabajo y (lo que es aún más grave), para pervertirle, porque sin pervertirle, no se le podría arrancar el producto de su trabajo.»

Vaya, pues, el texto de la excomunión, á manera de contraste, y aun si se quiere, á título de confirmación y comprobación:

»Por sus palabras y sus escritos, el conde de Tolstoi se iba separando constantemente de toda comunidad con la Iglesia ortodoxa, con gran pesar y espanto de todo el mundo ortodoxo, y obraba así, no secretamente, sino publicamente y con la más consciente intención.

»Todas las tentativas para separarle de esta vía han sido infructuosas. La Iglesia no le considera, pues, como uno de sus miembros, y no podrá ya considerarle como tal, hasta que haya hecho penitencia y haya resabiado con ella su comunidad. Al declarar que el conde de Tolstoi ha renegado de la Iglesia, pedimos al señor le convierta á la razón y á la verdad.» (Siguen cuatro frases místicas y las firmas.)

No por la novedad de las ideas, ya conocidas y divulgadas por las publicaciones obreras, sino por la aureola de prestigio con que las rodea la reputación universal de sabiduría y honradez de su autor, y para aprovechar este feliz recurso de propaganda, me he impuesto este trabajo, advirtiéndome, como lo hace el diario de donde lo he traducido, que si en la exposición hay algo exclusivamente ruso, la conclusión comprende á todas las naciones cristianas, de cualquier confesión que sean, ya que no hay gran diferencia entre los medios de acción de las diferentes Iglesias; porque eso sí, aunque la Iglesia rusa, la católica y todas las demás que, según la frase corriente, desgarran la túnica inconsútil, anden como perros y gatos, en lo de imponer al pobre paciencia y sumisión á beneficio de los ricos todas están conformes y unánimes.

Más aún: podrán todas y cada una de las sectas cristianas atribuirse la legítima y exclusiva representación de la autoridad y de la doctrina de Cristo; podrán ser enemigas, odiarse, excomulgarse y aun quemarse recíprocamente si pueden ó les dejan; pero todas, con absoluto y perfecto acuerdo, procuran meter el camello por el ojo de la aguja.

Aaselmo Lorenzo.

Males y remedios

Los mismos males que, por el exceso de horas y las pésimas condiciones en que trabajan, vienen sufriendo los zapateros, se van dejando sentir en las muchachas que se dedican á la fabricación de monederos de plata.

Es imposible conservar la salud mucho tiempo cuando se trabaja excesivamente; y ménos sí, por añadidura, se hace en malas condiciones.

En general, la alimentación de los obreros no es suficiente para restaurar las fuerzas gastadas en el trabajo. Así los órganos más directamente castigados por el continuo ejercicio, ó bien, los que naturalmente son más delicados, acaban por debilitarse hasta la inutilidad. ¿Cuántos zapateros conservan á los cuarenta años la vista suficiente para *granetjá y picá punt?* ¿Cuántos digieren bien? Cuántos conservan el pecho sano? Y las enfermedades adquiridas se transmiten á la descendencia, amenazando acabar todos *tísicos* desde la primera edad.

Lo que de los zapateros se vé ya palpablemente y todos de ello se quejan, se dirá pronto de las muchachas que fabrican monederos de plata. Estas, como aquellos, tienen en contra las horas excesivas, la fijeza de la vista y la posición encogida. Además tienen otro enemigo formidable: es el *soplete*.

El *soplete de boca* es altamente perjudicial, por el esfuerzo del pulmón, y la continua absorción de gases producidos por el contacto del metal (latón) calentado por la llama; usando lámpara de aceite se mezcla á éstos el humo y algo del pábilo de la llama, que se aspiran al tomar aliento después del esfuerzo del soplo. Los inconvenientes de estas aspiraciones pueden comprobarse por el mal gusto en la boca que padecen muchas de las que se dedican á este trabajo, y en algunos casos se produce una salivación negruzca, que no es sólo repugnante, sino que forzosamente ha de producir daño á la salud.

Estos males pueden reducirse, aun dentro de las actuales condiciones del trabajo, por medio del *soplete á mano*, que ya hemos visto usar por algunas operarias. Es de fácil manejo y puede aprenderse con uno ó dos días de ensayo. Basta ejercer una presión de arriba hácia abajo para obtener el aire necesario para soldar, tanto la malla como las cadenillas. No está expuesto á roturas, y su duración puede considerarse indefinida.

Los *sopletes á mano* que hemos visto funcionar con buen resultado son construídos por D. Miguel Fusco, calle de S. Bartolomé n.º 33—quién los vende al precio de cinco pesetas cada uno.

Es claro que con el *soplete á mano* no se remedian todos los inconvenientes del oficio, pero sí los que más arriba señalamos. Consideramos de gran utilidad el nuevo soplete; pero no basta.

Los operarios de uno y otro sexo que se dedican á fabricar monederos de plata, deben mirar por sí mismos; deben procurar reducir las horas de trabajo, principalmente, y además que éste se haga en condiciones que no perjudique á su salud.

No conocemos bastante el tecnicismo del oficio para aconsejarles desde luego lo que deben hacer y procurar. ¿Porqué no se asocian, y hablando y entendiéndose entre sí podrían ponerse de acuerdo en lo que es conveniencia de todos?

N. P.

Abjuración del abate Renard

Hace algunos años afanábanse los católicos buscando una imposible armonía entre la religión y la ciencia. Aquella agitación se calmó, por causa de su esterilidad, y aquellos esfuerzos se han sustituido por una frase ridícula: *la bancarrota de la ciencia*.

Es verdaderamente extraño que de tantos jóvenes como se educan en los seminarios, estudiando (?) años y más años, apenas salga un hombre de segunda fila en ciencia, en arte, en letras, en cualquier ramo del saber humano. Esta esterilidad científica de los seminarios no puede atribuirse más que al perverso sistema educativo que en los mismos reina, no modificado desde siglos atrás. ¿Porqué no se reforma? ¿porqué no se implanta en los seminarios y en los noviciados un sistema instructivo y educativo que produzca hombres de algún valimiento?

Pues precisamente por ésto: porque la iglesia no quiere, mejor dicho, sabe que no puede tener hombres de valimiento en su seno. La gran mayoría de los que logran sobresalir del nivel rutinario, ó se sublevan y han de ser condenados, ó se apartan voluntariamente.

Así acaba de suceder en Bélgica con el jesuita Renard. Se distinguió por sus investigaciones geológicas, fué premiado por la academia de Bruselas, y ya profesor en Gante mereció ser nombrado socio de las de Edimburgo, Bolonia y Dublin; últimamente pertenecía al Consejo de Bibliotecas y Museos Reales de Bélgica. Era un sabio de reputación universal..... y efectivamente, véase el siguiente párrafo de la carta que dirigió al Cardenal Arzobispo de Malinas, antes de contraer matrimonio con una distinguida profesora de niñas, la señorita Van Gobbelschroy, en 21 de Marzo último:

«Nuevo soplo anima las inteligencias; ideas que durante siglos dirigieron las conciencias, ceden el paso á conceptos más grandiosos de la realidad... me voy al lado de la libertad y de la ciencia. Entre un mal sacerdote y un hombre estudioso y amigo de la sinceridad, creo que las personas imparciales no vacilarán.

Es de suponer que el ex-sacerdote no contará entre las personas imparciales á sus antiguos colegas, y menos á sus superiores. Estos, abominan, precisamente, de la sinceridad más que de ningún otro vicio. Quieren hombres sometidos, sin voluntad, como cadáveres.

Deseamos al nuevo ciudadano Renard la felicidad que espera, al decir en otro párrafo de la misma carta: «he creído que sólo en el santo hogar de la familia puedo restaurar mis fuerzas para luchar por la verdad.»

Que así sea.

CIRCULAR

A todas las corporaciones obreras, individuos y asociaciones librepensadoras.

Las adulteraciones en materias alimenticias producen serios perjuicios á la Sociedad, porque de ello dimanarían infinidad de enfermedades que, como azote, castigan la criminal indiferencia del pueblo.

En el orden intelectual son aún más deplorables los daños que recibe la Sociedad por efecto de la *adulteración* en la enseñanza.

Es tan nocivo para la vida una mala instrucción, como la ignorancia misma. ¡Cuántos hombres existen que han tenido medios de proporcionarse una brillante instrucción y, sin embargo, son una rémora para la libertad, un dique para el progreso, y por consecuencia, una amenaza para la vida de los pueblos! Es porque son como los cuerpos nutridos con materias adulteradas, azote de la humanidad.

Al niño que se le proporciona una instrucción sana, llega á ser hombre robusto, fuerte, lleno de vida, intelectualmente hablando. El hombre en esas condiciones, es un ser útil para la humanidad, se siente libre. Ansioso siempre de saber, se hace enérgico en sus convicciones y derriba los obstáculos que tiendan á esclavizarle. Con hombres de tales condiciones la Sociedad sería feliz, porque la libertad sería un hecho.

La cuasi totalidad de los hombres y mujeres de hoy, no procuran por ese alimento del cerebro llamado instrucción, más útil para la vida, que la vida misma. La instrucción que ha recibido el niño, por esa fatalidad, es tan raquítica, que, al llegar á ser hombre, encuéntrase con una anemia intelectual tan grande, que le anula la acción del cerebro y siendo éste el regulador del cuerpo humano, patentizada queda la existencia de un orden social triste, egoísta é inhumano.

La generación venidera puede gozar de lo que á nosotros está vedado. Ella, puede llegar á ser fuerte, á ser feliz, siendo instruida.

Escuelas laicas existen hoy, pero en tan escaso número y con deficiencias evidentes, que es necesario que la clase obrera, la más interesada en este asunto, se preocupe seriamente.

La creación de nuevas escuelas con textos adecuados, debe ser la labor predilecta de las sociedades de resistencia, centros cooperativos y demás corporaciones de carácter progresivo.

No dudamos llegará á ser un hecho nuestro noble deseo. Para este efecto, un puñado de hombres y mujeres de buena voluntad, amantes de la instrucción, nos hemos constituido en *Comisión interina*, pero activa, para llevar á cabo la celebración de certámenes como medio accesible á todo lo expresado.

BASES DEL PROYECTO Cooperativa intelectual

ESTATUTOS

PRIMERO. Asociación para fundar una librería popular dedicada á la edición de obras para la enseñanza primaria de artes y oficios, agricultura, industria y giros de producción.

SEGUNDO. Para crear el fondo necesario á esta empresa, se expedirán MIL ACCIONES DE CINCO PSETAS CADA UNA, reembolsables en dos casos: 1.º En la compra de objetos y libros editados por la Cooperativa, será reconocido para los efectos de pago el diez por ciento del valor total de las acciones que el comprador posea, es decir, por cada diez reales, uno como reembolso, anotándose al dorso de la acción la cantidad amortizada. 2.º El veinte por ciento de los beneficios se destinará también á su amortización.

TERCERO. Del líquido de los beneficios generales, extraído el 20 % para reintegro de acciones, según se expresa en el caso anterior, será destinado al progreso de la librería.

CUARTO. El sesenta por ciento restante será destinado al fomento ó creación de escuelas laicas.

Los reglamentos por los cuales deberá regirse la *Cooperativa intelectual*, serán formados por las sociedades y entidades comprendidas como accionistas, nombrando ellas mismas la comisión administrativa que por turno haya de velar por la buena marcha y gestión de la corporación.

Todas las corporaciones, agrupaciones é individuos que se adhieran á nuestro pensamiento, expresarán el número de acciones que resuelvan adquirir para mejor gobierno de esta Comisión.

Toda la correspondencia se dirigirá provisionalmente á Teresa Claramunt, calle Séneca, número 21, 1.º, 2.ª Barcelona—Gracia.

Barcelona 1.º de Abril de 1901.—Delegado de la Cooperativa Instructiva, Blas Piñon.—Por la Sociedad de Albañiles de Barcelona, José Tubau; Antonio Gurri, Leopoldo Bonafulla.—Juan Bta. Salas Antón, *Abogado*.—Julia Aymá, *Profesora libre*.—Paulina Manresa, Vice-presidenta de la «Sociedad Progresiva Femenina».—Juan Cañellas, *Profesor líbre*.—José Masmano, Delegado del Casino «El Laurel Provensalense».—Jaime Peiró, *Profesor*.

¡Que sean bien venidos!

El jueves próximo, día 9 del corriente, son esperados en esta ciudad los elocuentes y entusiastas propagandistas Angeles Lopez de Ayala, Teresa Claramunt y Leopoldo Bonafulla, con objeto de celebrar en esta ciudad un meeting anticlerical y varias conferencias de carácter sociológico. También visitarán Ciudadela, Alayor, Villa Carlos y quizá algún otro pueblo de la isla.

¡Adelante! Es preciso que todos los hombres de ideas progresivas se apresten á coadyuvar á la obra de los ilustres visitantes.

Menorca es profundamente liberal y va á demostrarlo nuevamente.

¡Adelante! ¡Adelante!

Estab. tip. de B. Fábregues, Nueva, 25.

Talleres: San José, 69